

LA INTEGRACION ECONOMICA
DE LA EUROPA OCCIDENTAL

LA INTEGRACION ECONOMICA DE LA EUROPA OCCIDENTAL

I. — EL IDEAL

por el Académico de número

EXCMO. SR. D. BALDOMERO ARGENTE DEL CASTILLO

Quiso la Academia que esta sesión pública corriese a cargo de la Sección de Ciencias Económicas. Y encomendó la tarea a los dos más modernos miembros de ésta, señores Víctor Paret y Andrés Alvarez, y a mí, que, aunque inferior a todos en méritos, la presido por estricta razón de antigüedad.

Reunidos los tres para elección de tema, prontamente coincidimos en uno : «Integración económica de la Europa Occidental.» Porque, ¿hay otro más a punto en el actual instante de la trayectoria universal humana, ni más apremiante desde el punto de vista de la defensa colectiva, identificada, en lo futuro, con los intereses de la más alta, aunque todavía imperfecta, civilización que el mundo ha conocido?

Puestos de acuerdo, distinguimos en el tema las tres facetas que ofrece cuanto el hombre considera, y muy singularmente cuando el asunto considerado pertenece al dominio de la Sociología, a saber : 1), lo que debe ser, el ideal, la estrella fulgente en la lejana altura para norte de nuestros pasos ; 2), lo que es, la realidad, esta realidad de verdad, sensible, en que nos movemos, erizada de impurezas, cada una de las cuales constituye un recio obstáculo levantado en el camino hacia el ideal perseguido ; realidad con que debemos contar sin perder jamás el contacto con ella, si queremos evitar estrepitosos fracasos e inevitables caídas, y 3), por fin, al modo de conseguir que «la realidad» se aproxime al ideal, lo que es a lo que debe ser, en la medida que consienta la naturaleza de las cosas, a cuyo inflexible imperio, de origen divino, nada ni nadie puede sustraerse.

A mí me fué encomendado el esbozo de la primera parte : el ideal, la aspiración. Y me apresto a trazarlo con la brevedad que las limitaciones de espacio y tiempo imponen.

I

LA ASPIRACIÓN A LA UNIDAD

1. Los hombres, por virtud de su propia naturaleza, aspiran a la paz, prometida angélicamente, en la aurora del Cristianismo, a los hombres de buena voluntad. La buena voluntad es la racional ; y racional es la que quiere el bien común y ordena todas sus acciones a conseguirlo. El bien común es un compuesto de tres bienes posibles : la paz, la riqueza y la salud. La paz es el esencial ; la riqueza en todas sus especies, el real ; la salud, el moral, que, por ser ideal, no puede ser perfecta en este mundo de imperfectas e impuras realidades. Por ser esencial es indispensable para conseguir los demás ; sin paz no puede haber ni riqueza ni salud.

2. La paz es obra o fruto de la justicia. Ningún otro árbol rinde ese fruto. Cuando los hombres pretenden alcanzarla por otros caminos, dejando subsistente la injusticia, se engañan a sí mismos o quieren engañar a otros ; pero a Dios no se le engaña. La paz es el fin ; la justicia, el medio. Y la justicia natural humana—modelo de la positiva—necesita para existir la concurrencia de cinco factores : a), el esencial, la libertad de los hombres, o sea su posibilidad de obrar en persecución de su fin ; b), el real, la ley natural, o propia de la verdadera naturaleza humana que es racional ; c), el verdadero, el derecho natural, o sea, el poder de obrar, dentro de la ley, en persecución de su fin racional ; d), el efectivo, el temor a las sanciones, aparejadas por la propia naturaleza para quienes infringen la ley y se apartan del camino derecho, y e), el moral, el amor a la paz, fin que persigue la justicia, por amor al Bien, que ella nos puede dar.

3. El primer estadio del vivir humano es, no sólo por hipótesis, sino por necesidad lógica, el estado de naturaleza ; cuya forma es la anarquía, o sea la carencia de jefe, de ley y de disciplina comunes ; que tiene por función la lucha de todos contra todos, y, en fin, el imperio de la fuerza. Cuando los hombres

caen en la anarquía, el orden perturbado toma su desquite y los somete a la fuerza, cuyo imperio prevalece al fin.

El paso del estado de naturaleza al social se realiza mediante la gradual sustitución de la fuerza por el derecho. A la formación de la Sociedad natural humana, a que nos referimos, concurren cinco elementos: 1.º, la población, agrupada en forma adecuada para constituir un pueblo; 2.º, el territorio poblado, que lo convierte en país; 3.º, las mutuas relaciones entre los pobladores de dicho territorio, relaciones de carácter material hasta formar un solo cuerpo, espiritual hasta constituir un espíritu común, y moral de modo que forjen una voluntad colectiva, todo lo cual hace del país una nación; 4.º, un poder rector, postulado natural de la nación, es decir, un Gobierno, que se ponga a la cabeza de la Sociedad en formación, y la personifique, en el doble sentido de perfeccionarla haciendo de ella una persona y de representarla. Así la nación se convierte en Estado. El Estado nacional es el más perfecto que conocemos. Un Estado que comprenda varias naciones o fragmentos de ellas es, propiamente, un Imperio: nombre heredado de aquel estado de naturaleza en que prevaleció por fin el imperio de la fuerza, y 5.º, cuando a los factores antecedentes, esencial, real, verdadero y efectivo, se le añade el factor moral, es decir, el amor a la Sociedad y a cuanto contiene, por amor al bien que nos puede reportar, aquélla alcanza a nuestros ojos la perfección suma, y la llamamos Patria.

La Sociedad a que nos venimos refiriendo es la pública, total y perpetua, sin más limitaciones que las impuestas por la naturaleza de las cosas. Constituida en Estado, es una persona jurídica, con forma natural, orgánica, la más perfecta forma que el hombre puede concebir, por ser la suya propia y la que da, naturalmente, a cuanto forja a su imagen y semejanza. El Estado es, pues, una persona, compuesta de múltiples personas inferiores, y constituye un organismo. Organismo es un todo indiviso, compuesto de muchas partes, en que se dan las cinco unidades esenciales: de origen, naturaleza, forma, función y fin.

Esa unidad orgánica sólo puede lograrse por la gradual y sucesiva integración de partes cada vez más numerosas y variadas en el organismo social, realizando cada una en particular, y todos en general, solidariamente, sus respectivas funciones. Las funciones sociales son tres: la económica, la jurídica y la

política. La función económica es la fundamental; por ser la sustantiva, en todos los sentidos de la palabra: la que sustenta al cuerpo social, condición indispensable para la existencia real del espíritu y la voluntad comunes, que en la de aquél se fundan. La función jurídica da la forma adecuada a las relaciones comunes, y la política se realiza en función de las dos anteriores, que la condicionan. Este es su orden natural.

La integración de partes y funciones para la consecución de la unidad final ha de realizarse en ese mismo orden, que es el prescrito por la naturaleza de las cosas en cumplimiento de la voluntad divina, como necesario para conseguir el fin. Ninguna integración realizada fuera de ese orden puede conducir a la unidad social, cuya manifestación externa es la solidaridad de sus miembros; por el contrario, toda perturbación o menoscabo de ese orden, es decir, toda desviación del camino recto, aparta y aleja del fin perseguido, la unidad, y mantendrá o acrecentará la división.

La evolución de la Humanidad, o sea la Historia, tiene sus leyes, como la evolución de la naturaleza física. Los pueblos marchan hacia la realización de su destino providencial con sujeción a esas leyes. Y en la medida en que las obedecen avanzan. Este avance hacia el fin social es el Progreso por antonomasia. El Progreso mismo tiene su ley natural: la asociación de los hombres en la igualdad de derechos, es decir, la justicia. La justicia es el perfecto ajuste de las relaciones necesarias entre los hombres a la ley natural humana, que es la racional. Nada que no sea racional puede ser justo, y nada injusto es racional. La justicia es, pues, la ley esencial de la Civilización.

4. Los hombres se asocian, es decir, juntan sus fuerzas, para conseguir su bien común, que es su fin, con mayor facilidad. La Sociedad natural humana es, pues, un medio para que los hombres consigan su bien común con el menor esfuerzo posible. Por ser medio, la Sociedad no puede dar a los hombres sino medios, conforme a su naturaleza; no puede darles la felicidad que es un fin, sino medios para lograrla. Y todos los medios que aquélla puede dar se refunden o suman en una palabra: Civilización. La Civilización es el fin que la sociedad de que tratamos persigue. No es el bien común, como suele afirmarse, confundiendo conceptos; este es el fin de los hombres, considerados en común; no es tampoco la felicidad humana;

este es un fin individual. Es tan sólo la Civilización, que constituye el mejor medio que la sociedad puede dar a los hombres para que éstos, utilizando los tesoros que aquélla encierra, puedan conseguir su propio fin con la mayor «facilidad».

La máxima civilización ha de ser fruto de la máxima sociedad; la más amplia y perfecta imaginable; comprensiva de todos los hombres, todos los fines humanos, y por todo el tiempo que la Providencia haya prefijado para la estada de la especie humana en este mundo. Y para esto la Humanidad ha de organizarse de modo que todos sus miembros sean solidarios en la realización de su común destino: porque la solidaridad moral es la ley suprema de la perfección social. Sólo consiguiendo esa solidaridad moral de todos los miembros sociales alcanzará la Humanidad su fin.

El máximo Estado, comprensivo de la Humanidad entera, sería el Estado universal. Este es un ideal, y, como ideal, inasequible en cuanto alcanzamos a ver: cae fuera de nuestro horizonte mental presente. Es una utopía. Pero tan bella, luminosa y fecunda que ha enamorado a muchos altos espíritus. Debemos luchar por conseguirlo, con tanto ardor y constancia como los hombres persiguen en la Tierra su felicidad, que es también un ideal. Y, ¿quién sabe? Las utopías de hoy serán quizás las realidades de mañana.

5. Desde el principio de la Historia han perseguido los hombres su unidad. En las diversas civilizaciones que conocemos, y seguramente en las muchas desaparecidas antes de los albores históricos, que descubrimos, en nuestras exploraciones y excavaciones, por sus osamentas desparramadas y dispersas a lo largo de los interminables caminos del tiempo, palpitaba la idea de la unidad humana y la aspiración a realizarla.

La Historia registra la formación de varias civilizaciones que, simultánea o sucesivamente, se han ido formando hasta alcanzar cierta altura; y después se han momificado, como algunas asiáticas, o han retrocedido hasta morir y desaparecer. Extensos parajes del planeta donde un tiempo floreció una alta civilización son hoy desolados desiertos apenas cruzados por algunos errantes beduinos (1).

(1) ARNOLD J. TOYNBEE, en su monumental *A Study of History*, analiza las 26 civilizaciones que, a su parecer, han existido durante los pasados seis mil años.

Pero todas esas civilizaciones tendieron, mientras vivían, a ligar el mayor número posible de hombres; caminaban hacia la unidad humana. Cuando su fuerza expansiva se agotó o tropezaron en obstáculos invencibles para ellas, se detuvieron, retrocedieron y se acabaron. Habían fracasado en su misión. Diríase que, al manifestarse su impotencia para lograr la unidad humana, perdieron su razón de ser, y, desecadas, se inmovilizaron, o, corrompidas, se extinguieron.

Esa tendencia a la unidad se manifiesta primero en el ansia de conquista y en el afán de dominio que siempre ha animado a las colectividades humanas. El instinto de conservación y la voluntad defensiva a aquel inherente, servían, inconscientes, a ese propósito de realización tan lejana, y por ende tan utópica, que ni aun los más altos pensadores de civilizaciones tan plenamente desarrolladas como la griega y la romana, únicas cuyo ciclo conocemos desde su orto a su ocaso, lograron concebirlo. El gran agente integrador de los hombres en una comunidad es el comercio (2). Grecia extiende su comercio y sus colonias, por toda la cuenca del Mediterráneo, y con aquél, su espíritu y su civilización. Pero en los tiempos primitivos, al comercio lo precedía o acompañaba la fuerza. Grecia civiliza a Roma. Pero la vocación romana era la conquista más aún que el Derecho. Y la intrusión de la fuerza interceptó el proceso hacia la unidad moral. A veces, el transitorio restablecimiento de la paz, simple tregua en la lucha, permitía a las tendencias unitarias reanudar su marcha por breve rato. A veces, también, la guerra misma simulaba ensanchar una unidad mediante la conquista. Pero la conquista es incompatible con la forma orgánica de la sociedad y con la solidaridad moral de sus miembros. No da unidad interna, sino externa y material. La unidad por la fuerza es el Imperio. Roma extiende su Imperio por toda la tierra hasta entonces descubierta y explorada. Realiza la unidad mecánica de los pueblos sujetos a su yugo, y crea la paz romana de Augusto; paz material de los pueblos subyugados. Pero el Imperio—que es siempre imperio de la fuerza—no es la forma ade-

(2) El comercio une a las naciones. Las necesidades mutuas fundan las uniones. » MONTESQUIEU, *Esprit des Lois*, XX, 2. El comercio, en su más alta expresión, no es sino trasunto de la solidaridad humana.

cuada para unir racionalmente a los hombres ; no constituye un organismo, sino un mecanismo, que sólo por la violencia subsiste. Y la unidad de los hombres ha de ser moral, es decir, voluntaria e inspirada por amor al bien común. Aquel Imperio estaba destinado a perecer ; llevaba en sí mismo los gérmenes de su destrucción. Como todo Imperio. Salvo el romano, la vida de los imperios es, necesariamente, efímera, desde el de Alejandro al de Napoleón. Tarde o temprano el espíritu vence a la fuerza. Una fuerza suscita siempre su contraria. Es ley de la naturaleza. Y el anhelo de libertad, en los hombres y en los pueblos, acaba por prevalecer contra todos los conquistadores y déspotas. Porque la fuerza amenaza con la muerte, pero el amor a la libertad la desafía.

6. En las dos civilizaciones clásicas, ni siquiera apunta la idea de Humanidad. Homero designa con la misma palabra al extranjero y al enemigo. La idea de Humanidad aparece en su plenitud con el Cristianismo (3). El concepto de Humanidad fué obra del Evangelio de Cristo. Este trajo a la vida la visión de la unidad de la especie humana. La común paternidad de Dios hizo hermanos a todos los hombres y una común familia de nuestro linaje. Y para ligarla con infrangibles vínculos predicó el amor entre los hombres por amor al Padre común.

Ese era el ideal. Pero había que realizarlo en lo posible. Y la realidad tiene dos limitaciones inexorables : el espacio y el tiempo. Vencer esas dos limitaciones, caminando hacia la unidad, ha sido el objetivo y el curso de la evolución humana en nuestra Era.

A la caída del Imperio romano, Europa se fragmentó y las agrupaciones provinciales se pulverizaron. La difusión del Cristianismo dió a Europa, andando el tiempo, cierta unidad teórica, concretada en el influjo espiritual del Papado sobre la Europa central y occidental. Esa unidad era más aparente que real. No impidió las más feroces e implacables guerras entre los diversos señores feudales y entre los pueblos. La vida en los siglos medievales, que algunos escritores nos presentan hoy con colores

(3) «El mundo no es a nuestros ojos sino una vasta república, patria común del género humano». TERTULIANO, *Apol.* 38.

idílicos, era un anhelante e inquieto vivir, angustiado por el sentimiento de la inseguridad y la amenaza perenne de destrucción (4). Vistas desde lejos todas las montañas parecen azules.

La soberanía estaba infinitamente parcelada. Esa anarquía europea ocultaba el subterráneo trabajo favorable a la formación de las nacionalidades. A ella conspiraban todos los progresos materiales e intelectuales. La pólvora, la brújula, la imprenta fueron sus agentes más poderosos. Hacia el siglo xiv, aun aquella aparente unidad comenzó a quebrantarse. Sobrevino una floración del espíritu: el Renacimiento. En el siglo xvi se completa la ruptura con la Reforma protestante. Simultáneamente se fueron consolidando las nacionalidades.

7. Las naciones actuales, mediante la consecución de su unidad política, han alcanzado el estado de personas colectivas. Son propiamente Estados nacionales en su mayoría. Este es el ápice logrado hasta ahora en la marcha hacia la unidad humana.

Desgraciadamente, la organización social de cada una de las naciones formadas es aún imperfecta. Lo revelan sus luchas interiores. En el estado de naturaleza, el avasallamiento y despojo de los débiles por los más fuertes es el *Deux ex machina* en la vida de la comunidad. En el estado social y político, el Estado, en su acepción restringida, el oficial, o sea el conjunto de órganos gobernantes, debe ser el instrumento de la seguridad social, cuya esencia o principio es el absoluto respeto a los iguales derechos naturales e individuales de todos los hombres. Por motivos que una sana Sociología explica, pero que no son de este lugar, hoy no lo es. El Estado nacional actual no es como debiera ser. La clase social predominante en cada lugar y tiempo lo constituye conforme a su interés y lo rige. El Estado de clase es siempre agente de expoliación de la clase dominada por la dominante. De ahí la fatídica lucha de clases, inevitable en tales circunstancias. Esta defectuosa organización intercepta la marcha hacia la unidad humana.

8. En los cinco siglos transcurridos desde la formación de las nacionalidades, éstas avanzaron poco hacia esa unidad. La Revolución francesa pareció abrir una nueva era en este pro-

(4) «El rasgo distintivo de los ochenta años siguientes a la muerte de Carlo Magno es que cada cual temblaba diariamente por su cosecha, por su pan, por su vida, por su mujer y por sus hijos.» Fustel des Coulanges.

ceso. Vino precedida de una revolución filosófica, que quiso extraer las últimas consecuencias de los principios cristianos, aunque renegando de su origen. Cuando proclamaba la Libertad, Igualdad y Fraternidad de los hombres no hacía sino repetir las enseñanzas del Evangelio de Cristo. La Revolución inaugurada en 1789 al fulgor de esos principios, prontamente los falseó, y en 1793 se entregó a una bacanal inhumana de sangre y de terror.

Pero el ideal subsiste. La formación de los Estados nacionales no es un punto de llegada definitivo, sino una estación de tránsito hacia la formación de una más alta entidad. Estas naciones mantienen entre sí relaciones vitales cada vez más numerosas y estrechas. Tras la unidad nacional, se vislumbra la unidad internacional. El ideal sigue brillando en lontananza como una meta, soñada más que entrevista, como una estrella lejana que quisiéramos alcanzar. Cada paso dado en tal sentido es un peldaño en la escala que conduce hacia la altura de una vida plenamente racional.

9. Los Estados nacionales viven todavía en estado de naturaleza. Ya lo advertía Locke en el siglo xvii. Virtualmente, su derecho llega hasta donde alcanza su fuerza. La seguridad de cada Estado depende de su fuerza comparativa no de su derecho. Es el estado salvaje, atenuado sólo por algunas convenciones internacionales. Es la anarquía: falta de una ley común que regule sus actos y que todos obedezcan; falta de un poder gobernante que asegure la observancia y cumplimiento de la ley internacional. Aun ayer se proclamaba la anárquica teoría del «espacio vital». Situación que beneficia a los fuertes en detrimento de los débiles, que sólo en la asociación pueden encontrar parapeto y escudo. El derecho internacional, público y privado, suaviza tal situación, más teórica que prácticamente; pero sus progresos positivos han sido escasos.

De esa anarquía sólo puede salirse por la formación de un Imperio, como el de Roma, o por la asociación jurídica. Aquel es la permanencia de la guerra sorda o abierta, porque los pueblos, como los individuos, sólo transitoriamente se avienen a sacrificar su libertad en aras de su seguridad. Sólo por la asociación jurídica puede lograrse la paz anhelada. Y al encararse con este corolario, surge en la mente y viene a los labios la palabra «federación».

II

LA FEDERACIÓN INTERNACIONAL

10. La fórmula perfecta de la asociación de las naciones es la federación internacional, en toda su extensión posible, hasta llegar a la universal.

Esta federación ha de ser voluntaria, como corresponde a seres morales. Y de naciones, no de individuos. Porque la formación de las diversas naciones es un hecho natural, además de ser una realidad histórica de la que no se puede prescindir. Por ser natural es necesaria, y por necesaria, indestructible. La magnitud y número de esas naciones es contingente; sus linderos pueden cambiar; no hay fronteras inmutables, porque no las hay naturales; la invocación de fronteras naturales, tan frecuente en la Historia, ha sido siempre una superchería imaginada para disfrazar apetitos de conquista. Pero la existencia de las naciones es una etapa prevista e inevitable en la evolución de la Humanidad.

Que la fragmentación actual en múltiples naciones independientes políticamente continúe es imposible. Hay que avanzar o retroceder. De su prolongación no pueden esperarse sino males: inseguridad y guerra. La seguridad internacional es necesaria para la seguridad de personas y haciendas en el interior de las naciones. Lo que sabemos de Rusia y sus satélites y de China lo confirma. Esta seguridad internacional sólo puede ser obra de la federación.

La independencia política es hoy imposible por la creciente interdependencia económica de las naciones. Ninguna se basta ya a sí misma; ni aun las más extensas y adelantadas. El crecimiento y ensanche de la civilización material lo impide. El sueño de la autarquía, posible en el amanecer histórico, bajo el régimen de tribus, quedará en la Historia como un delirio fugaz de dictadores ambiciosos e ignorantes. La interdependencia de los pueblos en el ámbito internacional es el correlativo de la interdependencia de los individuos y regiones en el nacional.

Preparan la interdependencia política, además de la económica, los tratados internacionales de carácter universal o abiertos a todos los países; las oficinas internacionales de correos y telé-

grafos, de pesas y medidas, de propiedad intelectual, de patentes y marcas, de trata de blancas, etc.; la favorecen el crecimiento y extensión del prestigio del Papado, cuya autoridad moral tanto han elevado y extendido los últimos Pontífices, el reconocimiento teórico del principio de soberanía de las nacionalidades, y cien otras circunstancias que concurren hoy a señalarmos el camino de nuestra unión.

11. La idea de la federación de los pueblos es de origen hispánico. Ponen la semilla de ella Luis Vives, el P. Vitoria, el eximio Suárez, bajo la inspiración cristiana (5). La idea hizo su camino, al través de Sully, el abate Saint Pierre, Bentham, Kant... En 21 de agosto de 1859 se reúne en París el primer Congreso de Amigos de la Paz, bajo la presidencia de un poeta, Víctor Hugo, y de un economista, Cobden, conjunción feliz del sueño con la realidad. En ese Congreso se habla por primera vez de la federación europea. Dos años más tarde, en 17 de julio de 1851, Víctor Hugo dijo en la Asamblea legislativa francesa: «...los Estados Unidos de Europa... llegará un día...» Montalembert le llamó loco y se rió de su locura. Los hombres enamorados de una estrella y deseosos de alcanzarla parecen siempre locos.

Pero esta locura encontró pensadores que no la estimaron tal: Stead, Novicow, Richet, Counderhowe y otros han examinado y defendido, no ya su posibilidad y conveniencia, sino su necesidad urgente (6).

En 24 de agosto de 1889, el conde de Mouraviev, en nombre del Zar ruso Nicolás II, lanzó su inesperada circular para una Conferencia que estableciera las bases de la paz universal. En 17 de mayo de 1930, Briand, presidente del Consejo de Ministros francés, presentó a la Asamblea de las Naciones un Memorándum proponiendo y articulando un sistema de federación

(5) «La escuela española —escribe LUIS FUR, *El retorno al derecho natural*, «*Sciencia*», vol. XLV, núm. CCI, 1— ha sido la primera, después de los Estados nacionales, en afirmar la existencia de una comunidad, de una sociedad de Estados, ensayando, como una consecuencia normal, la existencia de una ley común y sanciones; la noción actual de solidaridad o interdependencia de los Estados no es más que una expresión, en términos diferentes, de la misma idea.»

(6) Pueden leerse las opiniones de los autores citados en sus respectivos libros: *The united States of Europe* (Londres, 1899); *La federation de l'Europe* (París, 1901); *La paz y la guerra*, y *Pan-Europa*.

universal. La Sociedad de las Naciones formada después de la penúltima gran guerra, y la Liga de las Naciones, fruto de la última, ¿qué han sido sino conatos de federación internacional, fracasados por falta de base sustantiva, por querer llegar a la cima de un vuelo, sin darle el debido cimiento ni conservar el orden natural de la integración, antes al contrario, menoscabándolo y perturbándolo contra lo que prescribe la ley eterna?

Porque una federación internacional implica la previa integración económica, jurídica y política en un todo orgánico. Este es su orden natural. La integración económica ha de preceder; es la premisa necesaria para la integración jurídica, es decir, para la existencia de un verdadero y eficaz derecho internacional. Fruto de ambas, resultado de su función, es la integración política, su cumbre o perfección última, que toma la forma federativa. Cualquiera perturbación de ese orden natural conduce al fracaso. La integración económica es indispensable para crear el clima adecuado en que las otras florezcan. Es el cimiento; y sólo sobre un cimiento sólido se puede edificar durablemente. Ninguna integración realizada fuera del orden natural puede conducir a la unidad orgánica perseguida. Toda integración desordenada, cualesquiera que sean sus apariencias, es incompatible con la solidaridad humana. Porque la ley natural, que impone el orden debido, es inflexible, y la naturaleza no consiente desobediencia a sus leyes sin aplicar las merecidas sanciones.

12. A la hora actual, la federación internacional universal no es una utopía. Aunque remota, no parece inasequible. Todo conduce a ella. Las nuevas fuerzas descubiertas conspiran a realizarla. Vemos claramente que por largo que sea el camino la unidad humana fulgura a su término. Quizás hayan influido para este cambio las tragedias de las dos últimas guerras, juntando y oponiendo pueblos y encendiendo nuevos anhelos en una Humanidad transida de dolor. Quizás una más atenta consideración de la Historia nos ha permitido descubrir su dirección constante e irremisible.

Las relaciones entre las naciones se intensifican y aceleran. El progreso de los instrumentos diversifica las funciones. El horizonte mental de los pueblos se ha dilatado. Hemos avanzado en el reconocimiento de los derechos fundamentales del extranjero; se ha abolido la piratería y el despojo de los náufragos, aunque quedan el derecho a expulsarle del territorio nacional,

las limitaciones a su trabajo, y estamos lejos no ya de la consagración, sino del simple reconocimiento de los iguales derechos naturales innatos del hombre extranjero a quien, religiosamente, llamamos hermano.

Pero se está formando una conciencia universal. La prensa, la radio, el cine, la televisión son sus agentes. Todos los progresos materiales y espirituales contribuyen a la formación de esa conciencia, cuya posibilidad ni siquiera se sospechaba a principios de siglo. La aurora de esa conciencia se manifiesta en la extensión de la simpatía humana. Ya no se identifica al extranjero con el enemigo. Los Estados Unidos de América socorren a la India hambrienta. Yankees, ingleses y franceses acuden a Turquía y Grecia afligidas por los terremotos. A medida que se ensanchan y multiplican las relaciones entre hombres y pueblos crece la comunidad espiritual. La moral social progresa a compás. Poco a poco se va situando más lejos y más alta la idea del bien común. Llegará esa moral a su plenitud cuando el bien común perseguido sea el de todos los hombres, el bien de la Humanidad.

13. La necesidad de la federación internacional ha sido vista desde tiempo atrás.

El error de quienes la preconizaban consistía en pensar que no se había realizado por impedirlo prejuicios, hábitos mentales, ciertas maneras de discurrir. Creían que cambiando las ideas se suprimirían los obstáculos. En parte tenían razón; en apariencia, ciertos modos de pensar obstruían el camino de la federación; esto es: dificultaban la realización de acciones hacia aquélla encaminadas.

Pero estos modos de pensar ¿de dónde procedían? Porque eran efectos de algunas causas. Aquellos aparecían en la superficie. Estas eran subyacentes. La realidad está siempre oculta bajo la apariencia, que es la superficie de las cosas. Y la realidad no era la oposición de ideas, sino la contraposición de intereses, fundamentalmente los materiales, que engendraban sentimientos cuya etérea sutilización son las ideas, abstracciones adinámicas, luces sin calor ni fuerza, que a veces guían a los hombres, pero no los impulsan ni detienen. Porque lo decisivo para la conducta de los hombres no es su manera de pensar, sino su manera de sentir; cuando la idea y el sentimiento con-

cuerdan, parece que aquélla los rige ; cuando discrepan, el sentir prevalece.

Los teóricos de entonces ponían su esperanza en que los hombres, en bastante número, cambiasen de ideas, y quedaran allanados los caminos mentales de la federación.

Argüían otros contra la posibilidad de la federación alegando los odios de raza. El concepto de raza, entre los blancos, es puramente convencional. No hay razas puras. La existencia de la raza aria es un mito, como ha demostrado Juan Finot (7). La diferencia entre blancos y negros, amarillos y cobrizos, es secundaria. Sobre el sentimiento de raza domina el de Humanidad. Y la justicia en las relaciones entre los hombres coordina las razas y disipa sus antagonismos.

En Europa no hay odios de raza. Ni siquiera frente a los judíos. La raíz del antisemitismo ha sido siempre puramente económica. Los pretendidos odios de raza, o son pretexto, o sedimentos históricos avivados por aviesas pasiones. La diferencia de razas, de lenguas y de religiones no impide la unidad de Suiza, ni la floración allí de un verdadero patriotismo nacional. En el Canadá conviven ingleses y franceses sin ánimo de romper su unidad. Un pueblo odia a otro pueblo de raza distinta sólo cuando cree que éste amenaza su bienestar o cuando él mismo pretende arrebatarse bienes al supuesto odiado. Y estos odios colectivos, artificialmente forjados, no siempre trascienden a los individuos. El amor es más fuerte que el odio, por ser más fuerte que la muerte.

No faltan quienes creen que la guerra es connatural a los hombres y jamás se extinguirá, por lo que la federación pacífica universal es imposible. Pero la guerra ha perdido ya su antiguo prestigio. Para Plutarco, la guerra era la enfermedad de los príncipes ; para Tácito, el deber de los reyes. Hoy nadie cree en sus beneficios ; ni siquiera para el bando victorioso. La realidad ha disipado todos los sofismas con que sus entusiastas la ensalzaban. La tesis de Normand Angell, en su famoso libro «La gran ilusión», se ha confirmado. El mundo repugna la horrible carnicería humana cuyo relato es la Historia. Anhela evitarla y abriga la esperanza de que algún día desaparezca. La existencia de la guerra no es una fatalidad perenne.

(7) *La agonia y la muerte de las razas.*

Porque haya existido en el pasado, no es inextirpable en el futuro. La esclavitud subsistió durante siglos en el mundo antiguo; renació en siglos posteriores, aun en países donde imperaba la doctrina cristiana; en el siglo XVIII, aún había esclavos blancos en Europa. Pero la esclavitud corporal ha desaparecido al fin en los pueblos medianamente civilizados. Si la guerra entre los hombres ha sido un hecho casi constante, también lo fué la asociación pacífica. Y este es el hecho predominante, puesto que la Humanidad ha llegado a su situación actual. El mundo marcha; el pensamiento avanza y el ideal sigue brillando en el horizonte.

La permanencia de la guerra, con todo su infernal cortejo de sangre, dolor y muerte, no está en los designios de Dios. Sería blasfemo atribuirle tal responsabilidad. No corresponde tampoco al orden de la Naturaleza. La guerra es el desorden; el máximo desorden con el máximo estrago. Lo que está en los designios de la Naturaleza es la lucha; pero no toda lucha es guerra. Guerra es lucha antinatural de unos hombres contra otros hombres. Y la lucha natural es de todos los hombres contra sus enemigos comunes: el hambre, el frío, la intemperie, la enfermedad y el desamparo. Establecida la paz, mediante la norma del derecho y la federación de las naciones, las fuerzas humanas de toda especie, materiales, intelectuales y morales, malgastadas hasta ahora en abominables guerras, se emplearían contra esos enemigos comunes del género humano. Y la lucha entre hombres se convertiría en noble competencia regida por la ley, para servir a los semejantes, no para destruirlos. El precepto cristiano sería una realidad.

Para ello hay que acomodar las instituciones humanas a las exigencias de la naturaleza misma. Hacerlas racionales. Nuevas fuerzas han entrado en liza desde la formación de las naciones. Las viejas fórmulas institucionales son inadecuadas para darles curso en los nuevos tiempos. «Poner a un barco de vela—escribe Henry George en sus «Problemas sociales»—la máquina poderosa de un transatlántico de primera clase sería romperlo al funcionar aquélla. Así los nuevos poderes que van cambiando rápidamente todas las relaciones de sociedad tienen que hacer estallar las organizaciones sociales y políticas no adecuadas para resistir su empuje.» Lo que acontece en el orden nacional tiene su equivalencia en el internacional.

14. La federación de las naciones no obsta ni a la subsistencia de las naciones mismas ni a su desarrollo y crecimiento. La Humanidad es una ; las naciones varias, y cada una tiene su destino propio y su particular tarea asignada en el plan providencial.

Las naciones podrían seguir creciendo en territorio, no por vía de conquista, sino por senderos pacíficos, puesto que las fronteras no son inmutables. Y más aún en población, riqueza y cultura. Podrían mejorar su organización interna ; hacerla más perfecta y justa ; elevarse moralmente y acrecentar el bienestar físico y espiritual de sus nacionales. La gran obra humana se realiza por cooperación. Y cada una de las naciones, como órganos particulares de la civilización universal podría cooperar al aumento de los tesoros que la integran y que debe repartir justamente entre los hombres civilizables o civilizados. Después de la federación, quedaría a cada una tarea inmensa, inagotable, para realizar su destino, o dicho con frase equivalente, para cumplir su misión en la tierra.

15. Tampoco sería incompatible con la subsistencia de la soberanía nacional, ni la menoscabaría, como algunos erróneamente suponen. Federación y soberanía nacional no son ideas incompatibles ; al contrario : se continúan y complementan. A la federación internacional se llega por virtud de la soberanía nacional. Las naciones en uso de su soberanía son las que habrían de concertar su federación, siguiendo los dictados de la razón y las enseñanzas de la experiencia.

El recelo de que la federación implique merma de la soberanía nacional proviene de un erróneo concepto de la naturaleza de ésta y de una confusión entre las ideas de independencia y soberanía. La independencia es la posibilidad de obrar sin sujeción a ninguna ley o principio de orden superior. Esto es : sin depender de nada ni de nadie. Esta independencia es imposible en realidad. Nada ni nadie es absolutamente independiente, salvo Dios. Hombres y naciones son interdependientes. Su independencia es relativa. Y cada vez más. Esta interdependencia es un hecho histórico, fruto del curso de los siglos y del progreso humano hacia su fin o bien ; hecho que no podemos desconocer ni ignorar y contra el cual somos impotentes. La idea de independencia de hombres o pueblos es anacrónica e inconciliable con la situación presente. Posible teóricamente,

cuando suprimimos en la imaginación todas las condiciones y limitaciones puestas por la realidad, es imposible en la práctica donde los hombres somos todos dependientes del medio en que nos movemos, de las circunstancias que nos rodean y de los demás hombres con quienes entramos en relación.

Soberanía es la posibilidad de obrar racionalmente, es decir, al dictado de la razón y en orden al bien común. Porque la verdadera soberanía es de la razón ; sólo la razón es soberana, y esta razón, a la que todo acto debe subordinarse, puesto que aquélla impera soberanamente, es el bien común, no sólo de la colectividad de que se forma parte, es decir, de la nación a que se pertenece y a quien bajo la sugestión del amor damos el dulce nombre de patria, sino de la comunidad internacional, de la Humanidad en suma. Obrar así es dictado de la razón ; porque laborar por el bien del todo es condición para conseguir el máximo bien posible de cada una de las partes. Los pueblos que han usado de su pretensa soberanía, de su independencia relativa, guiados sólo por lo que creían el bien o interés exclusivo de su nación, labraron en definitiva su propia desventura y ruina ; sobre ellos cayó finalmente el daño que causaron a los demás ; bien cercanos tenemos abrumadores ejemplos.

16. La federación internacional no anularía el patriotismo nacional ; como éste deja subsistente el amor a la región y éste el amor a la familia. Patriotismo es amor ; y se puede amar a las diversas entidades de que se forma parte, siempre por amor al bien que en aquellas entidades gozamos. Los dominios del amor son infinitos, y el corazón se ensancha a medida que aquél se extiende. Se puede amar a la Patria y al mismo tiempo a la Humanidad. El patriotismo, animado de secreta hostilidad hacia las demás patrias, es un sentimiento reprochable, propio del estado salvaje. Tal concepción ha dominado durante mucho tiempo y aún anida en retrasadas conciencias. Afortunadamente, en la progresiva elevación del espíritu humano, hemos rebasado esa etapa, y ya podemos amar a la patria sin asociar nuestro patriotismo a la hostilidad hacia nuestros semejantes y a la sangre y muerte desparramadas en los campos de batalla. El patriotismo como el heroísmo no se visten ya necesariamente con atuendos marciales.

Al contrario, el verdadero amor a la patria conduce a desear la federación, por los bienes que ésta puede reportarle, y en

primer término la paz. Mientras más amemos a nuestra patria más debemos desear la federación.

17. Esta se realizará, pronto o tarde, si la Humanidad no perece. Podemos asegurarlo con plena certidumbre. Es necesaria porque es natural. La utopía de hoy será mañana realidad. Las leyes biológicas, que son las mismas leyes de la Historia, conducen a ella. Tan seguro es que se logrará la unidad internacional como que hemos logrado las unidades nacionales. El pasado nos responde del futuro. ¿Se hará algún día la federación? ¿La logrará la actual civilización? ¡Quizás! Muchos peligros amenazan a esta frágil creación de los sacrificios y esfuerzos de incontables generaciones. Si no la alcanza, esta civilización perecerá agotada por sus luchas intestinas. La sucederá otra, con raíces más extensas, con cimas más elevadas, que emprenderá la misma tarea. La evolución humana no se ha detenido en el siglo xx. Tiene muchos más siglos ante ella. Pero entre tanto, ¡cuántos dolores sufridos!, ¡cuántos males padecidos!, ¡cuánto tiempo perdido en la lucha por conquistar la más alta y plena civilización que nos está reservada! Entre la caída de Roma en el siglo v y la formación de las nacionalidades, comienzo de la civilización actual, corrieron diez centurias. ¿Estará en los designios divinos abrir ante nuestros pasos una etapa semejante? Prefiero creer que no.

III

LA FEDERACIÓN DE LA EUROPA OCCIDENTAL

18. Ahora no podemos pensar en la federación universal (8). Sigue siendo un ideal. Las últimas guerras han hecho retroceder al mundo en su camino hacia la unidad. Ni siquiera en la federación de las naciones que se reparten los 9.730.000 kilómetros cuadrados del Viejo Continente. Está escindido en dos blo-

(8) «La idea de un Estado universal que abarcase el mundo entero, bajo la forma de un poder único, absorbiendo y dirigiendo como si fuesen provincias todos los Estados particulares, nos parece una utopía de filósofo. El pensador puede llevar sus ideas hasta sus últimas consecuencias, La Humanidad tiene menos facilidades para llevar tan lejos los hechos.» JHERING, *El fin del Derecho*, cap. VIII, par. 8. El Estado.

ques: el occidental (en que se incluyen algunas del centro y mediodía de Europa) y el oriental, irreparablemente mientras no muden las circunstancias. Dos bloques que recíprocamente se vituperan y amenazan. Representan dos civilizaciones distintas: la civilización capitalista, con sus grandezas, sus injusticias y sus miserias, y la civilización comunista, con sus mentiras, sus horrores y sus crímenes. Separados y aun contrapuestos, su convivencia es difícil. Los anales de la O. N. U. lo demuestran.

Sólo podemos pensar en la federación de las naciones de la Europa Occidental, con exclusión de la Gran Bretaña cuyos intereses como cabeza de la comunidad británica debilitan por el momento los vínculos que la ligan con las naciones continentales, grupo al cual pertenece naturalmente aquélla y cuya suerte compartirá quiéralo o no.

Si tal federación no se realiza, con la perentoriedad exigida por las circunstancias, acaso los Estados Unidos de Norteamérica se replugarán para concentrar en su exclusiva defensa sus recursos y fuerzas, hoy desparramados pródigamente. Barruntos hay de ello, y voces se alzan del otro lado del Atlántico que lo preconizan. Hoy son voces aisladas; dentro de poco podrían convertirse en vocerío. Los pueblos cambian fácilmente de rumbo, cuando encuentran cerrado el que siguen, sin esperanza de que pronto se les franquee.

Y la Europa Occidental, ni aun federada, podría resistir con sus propias fuerzas el asalto del potente enemigo que la codicia y amenaza. La persistencia en su atomismo actual le sería funesta. La predicción del Conde Coundershowe-Kallergy, en su libro «Paneuropa», se cumpliría: Rusia sería la Macedonia de la Europa moderna; las naciones europeas occidentales, minadas por sus disensiones sociales internas sucumbirían, como la dividida Grecia antigua sucumbió ante las falanges de Filipo (9).

En cambio, unidas federalmente—único modo de que su unión sea sólida y sincera—, constituirían un bloque superior en cultura, técnica y población, ya que no en territorio, al de

(9) Ya en 1787 dijo Benjamín Francklin en Filadelfia: «Sólo uniéndose inmediatamente en un Estado único podrá Europa acabar con las guerras y luchas comerciales que la están destruyendo. La única solución es que Europa organice a) punto una convención constitucional que combine todos sus Estados y reinos en una unión federal».

sus adversarios ; su unión les daría una fuerza gigante para resistir los ataques exteriores y resolver sus problemas internos, surgidos de las apetencias y esperanzas revolucionarias ; al par que elevaba el nivel de vida de las clases pobres, cuya miseria es el caldo de cultivo, aunque no la única causa, del comunismo revolucionario, se aseguraría el apoyo de los Estados Unidos, que en la Europa federada tendrían su mejor escudo y baluarte ; serían ejemplo y estímulo para otras federaciones ; contrarrestarían con eficacia la amenaza de guerra, y acaso la evitarían para siempre, e infundirían savia en las más altas esperanzas de la Humanidad. La elevación del espíritu europeo le restituiría la perdida hegemonía en la conciencia universal.

El momento es decisivo. No es posible permanecer en la fragmentación actual. Las leyes de la Historia se oponen. Hay que continuar la evolución humana o retroceder y sucumbir más o menos pronto. Las componendas resultarán infecundas a la postre. No basta una mera alianza de dichas naciones. Esto no conjuraría el peligro de guerra. Las alianzas son siempre quebradizas e inseguras. Lo estamos viendo en las grietas de la N. A. T. O. aún no consolidada. La Europa Occidental se encuentra en un bivio ineludible, en una encrucijada vital : hay que elegir un camino : continuar la línea del proceso evolutivo de la Historia y federarse o caer vencida y rota, subyugados los hombres y disipada la herencia material y moral recibida por las generaciones actuales. Esa es la disyuntiva que el Destino plantea a las naciones occidentales en la presente hora histórica. Afrontémosla con sinceridad y valor. De nuestra decisión dependen el futuro de la Humanidad y el salvamento de nuestra civilización.

Muchas gentes no quieren encararse con esa alternativa. Las amedrenta o las fatiga pensar en ella. Son las gentes del término medio ; las que siempre procuran una transacción entre el deber y el hacer ; las que pretenden asociar el bien con el mal, el peligro con la comodidad. «Sea lo que Dios quiera», dicen en último término. Pero Dios quiere que los hombres tomen en sus manos su propio destino ; que sean los artífices responsables de su propia vida ; que no se dejen llevar por la corriente, sino que luchen contra toda resistencia opuesta en el camino de su misión ; que empleen, en fin, el poder incontrastable de su libre voluntad.

19. Dos peligros principales amenazan a este grupo de naciones, y con ellas a la civilización que encabezan y personifican. Uno exterior: la gigantesca fuerza de la U. R. S. S. y sus satélites y auxiliares. Otro interior: la contraposición y lucha de las dos grandes clases sociales que, con la destrucción de valores materiales, espirituales y morales, inherente a toda lucha, lleva inevitablemente a la miseria social; esta disensión crea las quintas columnas, filtración traicionera del enemigo en la misma fortaleza nacional.

El peligro ruso es, de momento, el más grave e inminente, aunque los dos se junten para hacer más inquietante la amenaza. El peligro ruso no es de hoy, como algunos creen. Viene de atrás. Desde Pedro el Grande camina Rusia hacia la conquista de Europa.

«Los publicistas de Occidente—escribe Novicow en «La Federation de l'Europe»—hacían notar que desde hacía más de dos siglos no había pasado, por decirlo así, década sin que los rusos aumentaran su territorio; jamás ninguna otra nación había acusado semejante apetito.» Y añade: «Durante mucho tiempo se consideraron los apetitos conquistadores de Rusia como sin límites. Se les atribuía la intención de apoderarse no sólo de Constantinopla (este era el testamento de Pedro el Grande), sino de toda la península de los Balkanes, de los eslavos de Austria, de Persia, del Asia Menor, de Siria, de la India, de China... Y no sólo se le atribuían esos planes, sino que se la creía capaz de realizarlos sin dificultad.»

En 1869, Renan afirmaba que «...los bárbaros rusos invadirían la Europa Occidental y destruirían su civilización».

Max Hirschs escribía el 10 de abril de 1894, en «La Riforma Sociale»: «Con abstracción de sus conquistas en Asia, Rusia se ha anexionado la mayor parte de Polonia, las provincias bálticas, Finlandia, y pretende dominar toda la península de los Balkanes.»

El peligro ruso no es, pues, de ahora; es antiguo; no proviene del comunismo, sino de la ambición y el poder de un colosal conglomerado de razas y pueblos sometidos a un solo mando. Ayer, el imperio zarista; hoy, la dictadura bolchevique. Aunque cambiara su régimen, el peligro subsistiría, mientras aquel conglomerado conserve su unidad, cosa probable, porque la geografía la favorece y el mundo no marcha hacia la divi-

sión. Antes, ese peligro justificaba la carrera de armamentos de las naciones amenazadas. Hoy también. La rivalidad en los armamentos podrá retrasar la guerra ; pero ¿la evitará? Es dudoso. Y mientras tanto, los pueblos abrumados por impuestos confiscadores, caminarán hacia su ruina y multiplicarán los motivos de subversión interior.

20. Bajo la presión de este peligro, acrecentado por el interior que de aquél toma fuego, se han dado algunos pasos en el sentido de la federación de la Europa Occidental. En 21 de octubre del 43 se constituye el Benelux, unión aduanera de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En 1944 se inaugura en Ginebra el «Centre d'action pour la federation europeenne». En marzo de 1945 se reúne en París la «Conferencia pro federación». En septiembre del mismo año, Churchill propone en Zurich la formación del bloque occidental. Dos años después, y tras la reunión en Ginebra y la conferencia de Montreux, la confirma Bevin. En 5 de junio de 1947 pronuncia Marchall su resonante discurso en la Universidad de Harvard, y en 3 de abril del 48 refrenda Truman la ley de ayuda al extranjero ; el propósito final de estas iniciativas norteamericanas no era sólo contribuir a la reconstrucción económica de las naciones auxiliadas, sino estimular, al través de ella, la integración de dichas naciones en un organismo que las abarcara para resistir juntas la agresión del comunismo.

En 16 de abril del 49, los 16 Estados beneficiados por el auxilio americano firman el «Convenio de Cooperación Económica Europea». El 4 de abril se firma el Pacto del Atlántico. El 5 de mayo es suscrito en Londres el Estatuto de Europa. En agosto y septiembre del 49 se reúne en Strasburgo la primera Asamblea del Consejo de Europa. El 31 de octubre del mismo año, Mr. Hoffman, administrador del Plan Marchall, advierte a los auxiliados la posibilidad de que se suprima o reduzca la ayuda americana si no se avanza hacia la integración económica. En febrero de 1950, Estein habla del super-Estado, como una garantía contra la guerra. En junio de 1950, se aprueba el Plan Schuman para la unificación de los mercados del acero y el carbón entre seis naciones occidentales. El Consejo de Europa redacta en 1951 un proyecto de Constitución federal europea.

A pesar de todo ello, las naciones occidentales de Europa si-

guen mostrándose reacias a unirse. Subsisten entre ellas las desconfianzas, las querellas y los antagonismos. Los celos y mal disimulados odios recíprocos entre Francia y Alemania son testimonio. Naciones minúsculas, aunque de gloriosa historia, como Holanda, Bélgica y Luxemburgo, que formaron el Benelux, ven en peligro su consolidación por disparidades de orden económico entre las dos primeras. Pero ningún testimonio tan expresivo y elocuente como la actitud de algunas de esas naciones respecto de España, a la que han pretendido vanamente excluir de la comunidad europea, por motivos políticos, a pesar de que su historia, su geografía y su propia potencia, la hacen factor muy principal, y aun clave de la defensa de Occidente y del esplendor de la civilización cristiana.

En verdad estamos hoy más lejos de la unión que hace diez años, cuando aún tronaba el cañón y las furias de la guerra cabalgaban sobre todas las fronteras.

21. La unión europea se hará, queramos o no ; se hará porque es necesaria y está en el camino que forzosamente hemos de seguir, si no perecemos. Se hará por evolución, rápidamente, si procedemos como hombres razonables y reflexivos ; o se hará por revolución, acaso tras el desastre de una nueva guerra aniquiladora, por el impulso de las masas movidas ferozmente por el instinto de conservación y azuzadas por el hambre y por el miedo. Vano es oponerse a lo que el Destino ha plantado como un hito en el proceso de los tiempos. Todas las fuerzas que al través de los siglos vienen empujando hacia la federación universal se suman y asocian para la integración de esta parte de Europa, hoy en peligro. Por desgracia, los mismos obstáculos que hasta el presente han retrasado e impedido aquella, actúan también en esta parcela geográfica y humana, que acaso encierra en sí la suerte futura de nuestra civilización.

¿Por qué no se realiza?

22. Algunos señalan como causa la diversidad religiosa. El historiador inglés Cristóbal Dawson, ha poco nuestro huésped, dijo que la unidad religiosa devolvería a Europa su unidad. Su pensamiento se acerca mucho al de Arnold J. Toynbee. Pero la recuperación de la unidad religiosa sería un fruto ; implicaría la previa consecución de la unidad espiritual. Y es independiente de la unidad política, hoy tan distante. La unidad política se manifiesta por la existencia de un Gobierno común.

¿Es concebible siquiera su existencia mientras subsistan las demás divisiones? Tuvo unidad religiosa Europa durante la Edad Media, sin que se evitaran las guerras entre los diversos pueblos que la habitaban ni se vislumbrara la posibilidad de la unidad política voluntaria.

No se oponen tampoco las ideas. Los prejuicios antes mencionados que aún obstruyen las vías teóricas hacia la federación universal carecen de virtualidad cuando se trata de las naciones occidentales de Europa, tan de cerca amenazadas por un enemigo poderoso y agrietadas internamente. La resistencia ideológica está ya vencida. Pocos entendimientos avisados quedan en esta parcela del mundo terráqueo que no comprendan la conveniencia, más aún, la necesidad de que sus respectivas naciones se unan para eliminar sus recelos, armonizar sus intereses, aprovechar todas las fuerzas que hoy despilfarran y acrecentarlas para resistir a sus enemigos exteriores y desarmar a los interiores hasta persuadirles de que es preferible el acuerdo a la discordia, el derecho a la fuerza. Las manifestaciones de los intelectuales y gobernantes de primer rango y los intentos parciales de unión, aunque frustrados hasta ahora, son inequívocos.

Los más eminentes hombres directores de la Europa Occidental y de América han proclamado la necesidad y urgencia de unirse lo más estrechamente posible para contener la amenaza rusa y resistirla y vencerla si llegara a realizarse. Actúan como vigías diligentes de un porvenir cercano, cuyo enrojecido amanecer contemplamos ya con inquietud y zozobra angustiosas. La ineludible necesidad de esa unión aparece visible dentro de las lindes de nuestro inmediato horizonte.

Conocidas son, por haberse reproducido hasta la saciedad, las declaraciones en tal sentido de Sforza, Churchill, Spaak, Schuman, Adenauer, Eissenhower, y tantos otros. Recientemente, el inventor del Plan Schuman y presidente de su Comisión rectora, Juan Bonnet, dijo: «La unificación de Europa constituye una inevitable necesidad histórica, como condición esencial de la paz» (10).

(10) La prensa universal publicó hace unos meses la siguiente información: «El presidente del plan Schuman, Jean Monnet, ha declarado que ni la ofensiva de paz rusa ni el armisticio de Corea afectarán a la marcha de Europa hacia su

Otros lo atribuyen a la carencia de un patriotismo y un espíritu específicamente europeos. Ciertamente no existe un patriotismo europeo, contra lo que algunos, más optimistas que observadores, dicen. Ni menos un espíritu europeo. No falta quien fíe su esperanza a la creación de ese espíritu y por ello laboran. Para intensificar esa tarea ha sido creada la U. N. E. S. C. O., que asume la dirección de los esfuerzos destinados a tal fin. Nadie puede afirmar que ese espíritu europeo no se formará algún día ; y menos los creyentes en que la federación llegará necesariamente. Pero no es obra realizable en el breve plazo que la urgencia señala. Es obra lenta. El espíritu común, lo mismo en las naciones que en el más amplio sector internacional, es el resultado conjunto de cinco factores que, en el orden debido, concurren a formarlo. Estos factores son : las creencias comunes ; el idioma ; la cultura, en sus tres vertientes o facetas : ciencias, artes y letras ; la tradición, que es el sedimento de la historia común ; y la leyenda ; que es la historia embellecida por la fantasía, en que todos los individuos colaboran activa o pasivamente. De esos factores, pocos, tal vez ninguno, ha llegado a su madurez ni siquiera en los grupos nacionales, aunque hacia ella caminan. ¡ Lejos estamos aún de la formación de un perfecto espíritu europeo ! Aunque aquí y allá puedan descubrirse algunos brotes, ¡ cuántas primaveras habrán de florecer antes de que tome fuerza ese espíritu ! La cultura misma no puede unificarse ; es, por esencia, diversidad ; mientras más diversa, más rica ; el mundo se empobrecería si las culturas se unificaran.

Mas aunque se formara previamente, por vía milagrosa, una comunidad de ideas, no sería bastante. Porque la fuerza decisiva para las acciones humanas no está en el pensar, sino en el

integración política, económica y militar. El motivo que impulsó a Europa a iniciar sus esfuerzos hacia la unidad no fué la amenaza soviética —dijo Monnet— sino la confianza de que uniendo a los europeos podemos contribuir a nuestra propia prosperidad, y que sin ello no podemos conseguir los sistemas de producción del mundo moderno. Del mismo modo la eliminación de las barreras y de las hostilidades que han existido en el pasado entre los pueblos contribuirá al establecimiento de la paz». Monnet aseguró que la creación de una autoridad política europea se realizará en un futuro «muy previsible». Añadió que el presidente Eisenhower —al que visitó esta semana— y él han estado de acuerdo en que la unificación de Europa constituye una inevitable necesidad histórica, como condición esencial de la paz».

sentir. Lo que determina a obrar no es la inteligencia, sino la voluntad, aunque aquella la guía. La idea da luz ; pero el calor lo pone el sentimiento, la pasión. La unidad nacional ha escrito un autor, nace del corazón. Del corazón ha de nacer también la unidad internacional, limitada o universal. Porque del corazón proviene todo lo verdaderamente humano. La savia cordial florece en el amor, y el principio o esencia del amor es la simpatía ; como el principio del odio, la antipatía, y la apatía el principio del egoísmo. No puede haber amor si previamente no hay simpatía. Esta es la semilla, la iniciación, el asomo del amor a la existencia, y de la unidad moral de los hombres y pueblos, que, sin amor, no se perfecciona y consume. ¿Cómo olvidan estas elementales revelaciones de la psicología vulgar quienes aspiran a inclinar la voluntad de los hombres hacia la federación europea primero y, más tarde, hacia la universal?

Entre las naciones occidentales europeas, la simpatía, si existe, es tan pálida y macilenta que bien pudiera considerarse moribunda si no fuera más exacto darla por no nacida. Los grados de esa simpatía se acusaron en las dos últimas grandes guerras, y no hicieron honor a la hermandad humana, ni aún entre los pueblos que se tocaban por las cimas del espíritu. La unión accidental que agrupó las naciones en bandos fué la obra del común peligro, no de la simpatía mutua. Las naciones occidentales y Rusia se juntaron ; pero no las unió la simpatía, sino el temor a un enemigo común ; pasado el peligro, la realidad recobró su imperio.

Aún subsiste en la mente de algunas gentes directoras, y prevalece en las masas, filtrada desde las cumbres, la vieja idea engañosa de que la prosperidad de la patria propia se asienta sobre el decaimiento de las patrias ajenas, y que tanto más fuerte y próspera es una nación cuanto más débiles y pobres son las vecinas ; este error es derivado de la actual inseguridad, y será disipado enteramente por la federación, aunque ya comienzan a minarlo las imposiciones del comercio, cuya vida se funda no sobre la conquista y la depredación, sino sobre la reciprocidad y la justicia. No sólo está dificultado el nacimiento de esa simpatía entre las naciones que ejercieron un día, aunque en épocas diversas, el rectorado del mundo, y han compartido la obra gigantesca de crear nuestra civilización, sino que están

profusamente derramadas entre ellas las semillas y gérmenes de desunión.

23. Esta sembradura de antipatía proviene de los intereses materiales. Por dolorosa que nos sea esta preponderancia de material, hemos de reconocerla y aceptarla humildemente. Está en el orden natural. Los intereses materiales no son los más altos ; pero sí los fundamentales. Como el cimiento no es lo más elevado y visible del edificio ; pero sí lo más necesario para su erección y estabilidad. Lo más alto de las montañas es su cumbre ; pero no hay cima sin base. Así como el cuerpo encierra al espíritu humano y condiciona su funcionamiento en este mundo, los intereses materiales son el fundamento de los espirituales y morales colectivos ; inferiores en excelsitud, les sirven de asiento y condicionan su acción. La perturbación de ese orden natural ha costado y puede costar aún torrentes de sangre humana.

Las causas que obstruyen el camino de la federación de las naciones, es el antagonismo entre sus respectivos intereses materiales. Esos intereses materiales, al sentirse amenazados por la unión, operan oscuramente sobre los espíritus y los predisponen contra ella, a pesar de la evidencia de su necesidad. Y como son poderosos, cuentan con medios y auxiliares eficaces. Impelen a los pueblos por los senderos del odio, en vez de hacerlo por los del amor ; y cosechan los frutos naturales.

De ese antagonismo de los intereses materiales respectivos nacen los sentimientos de antipatía, individuales o colectivos. Nos es antipático, desde luego, quien los amenaza o pone en riesgo, aunque no los dañe aún ; porque toda amenaza de un mal futuro es ya por sí un mal presente ; y, por virtud de nuestra irrenunciable naturaleza, odiamos el mal como amamos al bien necesariamente. El antagonismo, amenaza, o lesión de nuestros intereses materiales provoca inevitablemente la antipatía contra el antagonista. De ahí nacen las discordias, enemistades y hostilidades entre individuos, familias y pueblos. La misma ley psicológica rige a unos y otros. Y ciego será quien no sorprenda y vea claramente cien casos en su contorno.

Pues cada una de las naciones, y, por tanto, las occidentales europeas, se ha esforzado en crearse su respectiva economía cerrada y en mantenerla. La economía nacional de Federico List fué simplemente la sistematización de lo que secularmente

venían haciendo las naciones, como «El Príncipe» de Maquiavelo fué la sistematización esquemática de la política seguida por los príncipes de su tiempo, y por sus predecesores. Esas economías son antagónicas. Extirpar sus antagonismos y coordinarlas integrándolas en una superior armonía es la condición primaria de la unidad política occidental. Es el punto de partida indispensable para conseguir la asociación política en que la unidad internacional culmina.

Pretender alcanzar la unidad política mediante el trazado de constituciones de papel y la formación de gobiernos teóricos, sin haber conseguido previamente la unión económica, que ha de sustentarlas, es como querer alcanzar una estrella con la mano. De esta falta de fundamento adolecen iniciativas como la formación de un ejército europeo, que, sin previa unidad política, no puede pasar de ser una alianza militar más o menos artificiosamente asegurada, aunque siempre frágil. De esta falta de fundamento adolecieron la antigua Sociedad de las Naciones y la actual Liga ; sin unidad económica no puede haberla jurídica ni política ; de ahí el fracaso de aquéllas.

La unión económica consiste en la integración o incorporación de las economías nacionales en un todo orgánico, en una economía internacional occidental que elimine sus perfiles antagónicos y las junte en un solo sistema económico natural, esto es: libre. La manifestación o forma exterior de esa integración en la designada en esta frase : «un solo mercado de producción y consumo, y monedas intercambiables». La proclamación de ser este el verdadero camino de la unión lo refrendaron las ruidosas alharacas con que fué celebrada la fórmula del plan Schuman ; y, sin embargo, el plan Schuman es un artefacto toscamente ideado y montado bajo la influencia de los antiguos errores ; funciona mal, y acabará por pararse, como todas las máquinas deformes si no son reformadas y simplificadas a tiempo.

La integración económica es la condición previa para la creación del clima sentimental o afectivo necesario para la formación de un común espíritu europeo y de una voluntad común, sin los cuales la integración jurídica y política son imposibles. Comenzar por la integración política es un imposible o una locura. Sería comenzar la construcción por el tejado. Lo económico se subordina a lo político ; pero previamente lo condiciona ; como los más altos pensamientos y las más sublimes con-

cepciones del espíritu humano están condicionados por la nutrición del cuerpo.

24. Para que las economías nacionales se armonicen e integren en un todo orgánico, con mutua ventaja, no hay que hacer nada positivo. Toda la obra es negativa. Basta suprimir obstáculos. Porque aquéllas se organizan espontáneamente cuando nada obstruye o tuerce sus caminos naturales, trazados por los espontáneos impulsos del hombre en persecución de su fin natural. El gran armonizador es el comercio, regido por la ley de la competencia, esto es: libre. El comercio es el primer agente de la civilización; el que relaciona a los hombres en primer término; el primer vagido de la vida social, que, esencialmente, es cooperación.

Así, toda la obra necesaria para que la Europa Occidental se integre económicamente principia en la supresión de trabas y restricciones al comercio; entre las cuales descuellan las barreras arancelarias (11). La unión aduanera es la condición necesaria, el primer paso, hacia la integración económica, y, en consecuencia, para la unidad política de la Europa Occidental, es decir: para su federación. Sin previa unión aduanera será imposible llegar a la federación europea. Si en los Estados Unidos de Norteamérica cada Estado hubiera establecido al principio una barrera arancelaria, no estarían unidos. Si Suiza lo hiciera hoy en sus cantones, su federación se desharía; el antagonismo económico lograría lo que no consigue la diversidad de razas, religiones e idiomas. Fué posible, en otros tiempos, la unidad nacional, a pesar de las aduanas interiores, por la fuerza, y porque el intercambio saltaba sobre aquéllas, como fué posible el comercio con la América colonial gracias al contrabando.

Unánimemente es reconocido que la existencia de 27 aduanas europeas, parte de ellas creadas a consecuencia de la primera gran guerra, apresuró el estallido de la segunda (12). Para con-

(11) Incluimos en este concepto las cuotas, contingentes, permisos y demás trabas opuestas al libre comercio, así como las dificultades creadas al libre movimiento de las monedas.

(12) Le preguntaron recientemente al Dr. Schak: «¿Cree usted posible la unión federal europea?». Y respondió: «Más que de unión de soberanías habría que hablar de unión económica. Pero ésta no es posible mientras nos separen fronteras arancelarias. Las 27 aduanas existentes en territorio europeo fueron factor decisivo en el estallido de la última guerra».

vencer al pueblo alemán de la necesidad de una guerra que ensanchara su «espacio vital», Hítler lo aisló arancelariamente. Todos los dictadores, mediocres economistas y peores gobernantes, han hablado de la autarquía económica. Y todos ellos han llevado sus pueblos a la ruina (13).

25. Desgraciadamente, la existencia de las aduanas no es un fenómeno sin causa. No es un capricho de los pueblos. Su persistencia y generalidad lo demuestra. Alguna vez se ha tratado de abolirlas, ya repentina ya gradualmente, como en España durante la primera República española. Y siempre han renacido. Aun en Inglaterra. Durante siglos dominó bajo el nombre de «mercantilismo»; tan funesto fué que, al renacer, cambió de nombre: hoy se llama «proteccionismo»; el rótulo es distinto, pero la sustancia idéntica.

Ningún economista reflexivo defiende hoy las barreras arancelarias desde el punto de vista de la protección al interés común; saben que con ellas se favorecen intereses privados a costa del público, vinculado en el consumidor. Ni tampoco desde el punto de vista fiscal: es el peor de los impuestos indirectos. Ni desde ambos puntos de vista combinados, porque son contradictorios: mientras más protege el arancel menos rinde al Fisco; y viceversa.

Se defienden exclusivamente desde el punto de vista militar. Pero esta consideración es anticuada. Hoy ninguna nación puede guerrear por sí sola contra enemigos formales. Hay que constituir grupos internacionales o sucumbir.

La razón de la persistencia de las barreras arancelarias no es un mero error doctrinal. Está más honda: tiene su raíz en el cimiento mismo de la organización social capitalista. No he de

(13) El 17 del pasado septiembre el secretario de Estado francés para asuntos económicos, Bernardo Laray, anunció en nombre de su país, al Consejo de Europa reunido en Strasburgo, la presentación de un plan para la total recuperación económica de Europa occidental mediante la eliminación de las barreras comerciales entre las naciones libres; dijo que el plan era consecuencia del avance que en el plano económico se ha registrado este año en Europa.

Laray hizo estas manifestaciones al entregar al Consejo un Informe de la O. Ex. E. C. sobre el comercio europeo, y anunció que dicha Organización de cooperación económica, integrada por 18 naciones, se reuniría en París en el mes de octubre para discutir las proposiciones francesas y elaborar un programa que tienda a conseguir el total abandono de las restricciones cuantitativas en los intercambios europeos.

referirme a ella ahora aquí, aunque es el problema que más fuertemente debe solicitar la atención de los hombres reflexivos. Porque de esa raíz proceden todos los problemas sociales y conflictos internacionales que nos amenazan y angustian.

Diré sólo que de ella dimana la injusta distribución del producto del trabajo nacional. Ella pone en manos del sector social que monopoliza los medios de trabajo—tierra, capital y dinero—una excesiva parte del producto obtenido dejando para el otro sector, el del trabajo sin medios, una parte insuficiente. El intercambio entre ambos sectores deja en poder del primero un excedente de productos sin colocación posible en el mercado interno. Para este sector es vital monopolizar el mercado interior, elevar los precios internos hasta el máximo que resista el mercado, eliminando la competencia internacional, y poseer un instrumento de negociación que le permita colocar en el exterior los excedentes de productos que posee. A estos designios responden las trincheras arancelarias. Mientras subsista el vicio radical, subsistirá la injusta distribución del producto y de la riqueza producida, que es su consecuencia. Y fuerzas ingentes cooperarán al establecimiento y elevación de las tarifas; aun cuando transitoriamente fueran abolidas, renacerían con impulso ascensional.

Estos son los profundos obstáculos que entorpecen el curso de la federación de la Europa Occidental. De ahí nacen las resistencias, hasta ahora invencibles, que la realidad opone a la integración económica de nuestra Europa. Pero de esta realidad impura no me toca hablar a mí. Lo hará con su dominio de la materia mi compañero Víctor Paret, a quien fué encomendado y a quien cedo la palabra.